

# Objetivos y lecturas políticas de la IV gira del Papa Juan Pablo II en México

Estela Sánchez Albarrán

Desde que el nuncio apostólico Justo Mullor anunció, el 20 de abril de 1998, que el Papa Juan Pablo II visitaría México por cuarta ocasión, hasta los días previos a la gira papal, era notoria la desinformación en México sobre los objetivos de la misma, lo que dio lugar a especulaciones. Entre ellas que el motivo principal de la visita del Pontífice a este país era intervenir en pro de la pacificación de Chiapas, por lo que los problemas de esta entidad serían el tema central de su discurso. También se especulaba que vendría a canonizar a Juan Diego.

Las constantes ruedas de prensa brindadas por el cardenal Norberto Rivera y por el nuncio apostólico Justo Mullor y la difusión de información por la Comisión General Coordinadora de la gira papal,<sup>1</sup> sobretudo en los primeros días de enero de 1999, fueron decisivas para dar a conocer al público los motivos de esta gira.

A diferencia de las tres giras anteriores de Karol Wojtyła a México (1979, 1990 y 1993), el cuarto viaje del Pontífice no estaría dirigido exclusivamente al pueblo católico mexicano, sino que sería una visita con carácter continental que tendría como motivo fundamental hacer entrega a la comunidad católica del documento conclusivo del Sínodo de América.

En este documento se plasman las reflexiones que hicieran los representantes de los episcopados de toda América y de la curia romana sobre la vida inter-

<sup>1</sup> Dentro de la Iglesia Católica, una "Comisión General Coordinadora" se encargó de organizar y coordinar la visita papal. Sus actividades fueron supervisadas por el nuncio Justo Mullor y por el cardenal Norberto Rivera Carrera, arzobispo primado de México, quienes para efectos de la gira fungieron como Comité Episcopal de Presidencia. La citada Comisión General Coordinadora se estructuró en seis comisiones para atender aspectos específicos sobre la visita papal; las comisiones de Programas e Iniciativas Vinculadas, Logística, Comunicación, Finanzas, Liturgia, Catequesis y Relaciones Públicas.

na de la Iglesia, sobre los caminos de evangelización y de reconciliación, para responder a los desafíos del continente. Este Sínodo fue considerado una novedad histórica, pues en cinco siglos nunca se había reunido una Cumbre Panamericana de Obispos.

En efecto, el Sínodo de América,<sup>2</sup> efectuado del 14 de noviembre al 12 de diciembre de 1997 en la Ciudad del Vaticano, fue un Sínodo Continental<sup>3</sup> como los que se han efectuado en otros continentes (África, Oceanía, Europa, Asia) cuyas finalidades primordiales fueron:

Promover una "nueva evangelización" en todo el continente; incrementar la solidaridad entre las diversas iglesias particulares en los distintos campos de acción pastoral; iluminar los problemas de la justicia y las relaciones económicas internacionales entre las naciones de América, considerando las enormes desigualdades entre el norte, el centro y el sur.

La Iglesia se planteó ahí el desafío de conseguir la unidad doctrinaria y activa de los católicos de un continente que presenta fuertes diferencias y fracturas: entre un norte industrializado y económicamente dominante y un centro-sur con enormes problemas de pobreza y desarrollo.

El Sínodo estuvo también orientado a preparar el "Gran Jubileo del Año 2000" que enmarcará los diversos actos con los que se conmemorará el paso de una era cristiana a otra y el aniversario del nacimiento de Jesucristo.

En el Sínodo tuvieron participación obispos representantes de las conferencias episcopales de América, entre ellos Luis Morales Reyes, presidente de la CEM, los cardenales mexicanos Norberto Rivera Carrera y Juan Sandoval Iñiguez, arzobispo de Guadalajara. Este último fungió como relator del Sínodo, lo que es considerado una alta distinción.<sup>4</sup>

La entrega de la Exhortación Postsinodal se haría en México y no en cualquier otro país de América, porque así lo determinaron, por votación, los padres sinodales, por estar ubicado estratégicamente en el centro del continente americano, y por ser el lugar donde se encuentra el Santuario de la Virgen de Guadalupe,

<sup>2</sup> El Sínodo de América fue propuesto por primera vez por el Pontífice en Santo Domingo durante la IV Conferencia del CELAM, el 12 de octubre de 1992, en ocasión de la conmemoración de los 500 años del descubrimiento de América, y convocada formalmente en su Carta Apostólica *Tertio millennio* adveniente (10 de noviembre de 1994).

<sup>3</sup> El Sínodo de obispos (organismo instituido por el Papa Pablo VI el 15 de septiembre de 1965), es una asamblea de obispos, escogidos de las distintas regiones del mundo, que se reúnen para fomentar la unión entre el Pontífice y los obispos; para coadyuvar con sus consejos en la integridad y mejora de la fe y costumbres, en la conservación y fortalecimiento de la disciplina eclesiástica, así como para estudiar las cuestiones que se refieren a la acción de la Iglesia en el mundo.

<sup>4</sup> El Sínodo de América, efectuado en la Ciudad del Vaticano del 16 de noviembre al 12 diciembre de 1997, contó con 295 asistentes, de los cuales 235 fueron obispos por elección y 100 participantes, entre teólogos, peritos, superiores de las principales órdenes religiosas y observadores invitados.

considerada "patrona de América".<sup>5</sup> Por tanto, el Papa acudió a lo que es considerado simbólicamente el "centro espiritual de toda América".

Dentro de la geopolítica del Vaticano, América, como continente, y México, tienen un gran peso numérico. Los católicos americanos representan la mitad de los 900 millones de católicos en el mundo, y los creyentes que radican en México representan 70 millones 562 mil 202 (INEGI, Censo de Población y Vivienda de 1990). Además, el Vaticano concede gran importancia al crecimiento de la Iglesia católica latinoamericana tanto en el ámbito espiritual, como en su organización y en sus obras.

Antes de venir a México el Papa visitó dos países del continente Americano: Brasil y Cuba, ambos de gran relevancia dentro de la geopolítica del Vaticano. Brasil por figurar en el primer lugar por su número de católicos, por el papel desempeñado por los clérigos latinoamericanos, y por ser cuna de la Teología de la Liberación. Cuba, por la tardía apertura en materia religiosa que logró el Pontífice con su última visita. Para completar su gira a países de América, el Papa Juan Pablo II salió de México el martes 26 de enero con dirección a San Luis Missouri, Estados Unidos, donde las condiciones económicas, políticas y sociales marcan una realidad diferente a la de los países latinoamericanos, incluso en el plano religioso.

Fuera del mundo eclesiástico, para la sociedad en general era muy difícil comprender el carácter continental de la visita del Papa a México, efectuada del viernes 22 al martes 26 de enero de 1999, por lo que pudo observarse que antes, durante y después de la gira papal, sólo la jerarquía católica aludía a los problemas del continente americano, mientras que los analistas y distintos colaboradores de los medios impresos (articulistas, columnistas, reporteros) enmarcaron la visita en el contexto social, político y económico de México, sin que hubiera un análisis sobre los problemas concretos de otros países americanos o sobre los problemas comunes en el continente.

Para observadores y fuerzas políticas del país fue particularmente difícil omitir referirse a los grandes problemas nacionales, con la esperanza de que la presencia de Juan Pablo II en México trajera consuelo a los más afectados. Era difícil no referirse al ambiente político que prevalecería durante la gira papal, particularmente a los problemas existentes en Chiapas. Se cumplían justo en el mes de enero, cinco años del levantamiento zapatista; un año un mes, de la masacre en

<sup>5</sup> El Vaticano había señalado que, para dar a conocer al mundo el documento del Sínodo, el Papa viajaría a América, aunque sin precisar el país. El Pontífice pidió a los obispos sinodales que le indicaran qué país visitar. La gran mayoría de los 297 obispos eligió, por mayoría de votos, el Santuario de la Virgen de Guadalupe en la ciudad de México.

Acteal y un año de que las autoridades convocaran al EZLN al diálogo sin obtener respuesta. De este modo, los continuos llamados de la jerarquía católica a la sociedad a no "chiapanizar" la gira "pastoral" de Juan Pablo II no fueron escuchados.

La politización de la visita era inevitable, sobre todo en torno al "caso Chiapas" y en torno al "caso Samuel Ruiz". De hecho, fue un sector de la jerarquía católica quien atrajo la atención hacia los problemas de ese estado de la República, sea por su interés y preocupación por el estancamiento de las iniciativas de paz, sea por el constante interés de los representantes de los medios de comunicación por llenar sus espacios con las declaraciones de dichos prelados.

Gonzalo Ituarte, vicario de Justicia y Paz de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, y Samuel Ruiz, obispo de la misma, junto con Felipe Arizmendi, obispo de Tapachula, frecuentemente manifestaron su confianza en que los mensajes del Papa en México contribuirían a encontrar caminos de paz en Chiapas. Aseguraban que necesariamente Juan Pablo II trataría el tema chiapaneco ya que no dejaría de considerar los problemas del estado, y tampoco podía evitar referirse a los derechos humanos, puesto que eran temas centrales en el continente que habían sido tratados en el Sínodo.

Además, en los días previos a la visita se especuló con la idea de que el obispo Samuel Ruiz presentaría a Juan Pablo II un informe sobre la violencia que sufre la iglesia en Chiapas, donde, según cifras dadas a conocer por los diarios nacionales, se registraban ya 45 templos cerrados por paramilitares, y donde sacerdotes y catequistas padecen agresiones y calumnias (*Novedades*, 22 de enero de 1999: 10A).

También se afirmaba que le haría entrega de la Carta Pastoral titulada "Grito de Riobamba", en la que se hacía referencia a la "iglesia autóctona de los indios y mestizos".

Por otra parte, también se aprovechó la visita papal para demandar la destitución de Samuel Ruiz de la diócesis de San Cristóbal de las Casas mediante una carta firmada por la Federación Estatal de Propietarios Rurales de Chiapas y el Frente Cívico Sancristobalense en la que se acusó al obispo de generar gran violencia en las comunidades de los Altos y Zona Norte del estado y de ser responsable de falsear la doctrina católica en favor de la revolución socialista marxista (*Excélsior*, 22 de enero de 1999: 21).

Ante la situación prevaleciente en el estado y ante las expectativas de que el Papa inevitablemente tocaría el "caso Chiapas" en sus homilías y discursos, un funcionario del Vaticano cercano al Pontífice, el cardenal Darío Castrillón Hoyos aseguró, un día antes de que Wojtyła pisara territorio mexicano, que durante su

estancia en México, Juan Pablo II pediría a los indígenas que se ayudaran entre sí para expresar sus derechos.

El propio Juan Pablo II sorprendió por su mensaje relativo a los indígenas en declaraciones hechas a los representantes de los medios de comunicación en el trayecto de su viaje del Vaticano a México. En lo sucesivo, comunicadores y políticos harían un claro deslinde entre tres tópicos de su mensaje: a) sus referencias a las nacientes "teologías indigenistas" a las que señaló como propuestas que intentan sustituir a la Teología de la Liberación e identificó como inspiradas en el marxismo; b) su reconocimiento a que los indígenas fueron los "primeros dueños de la tierra" y c) sus pronunciamientos a favor del diálogo como una forma de dar solución integral al conflicto de Chiapas.

El citado mensaje tuvo gran impacto en el medio eclesiástico y político. El obispo Samuel Ruiz no tardó en declarar que los pronunciamientos del Papa eran un virtual respaldo a los indígenas y negó que hubiese una descalificación a la "Teología India"; los legisladores de la COCOPA y líderes del PRD exaltaron su mensaje a favor del derecho de las etnias a la propiedad, en tanto que funcionarios gubernamentales y líderes del PRI, entre otros líderes de opinión, se solidarizaron con los llamados del Pontífice a favor del diálogo en Chiapas.

La aclaración del cardenal Norberto Rivera de que el Pontífice no abordaría "casos particulares", no evitó que diferentes sectores sociales manifestaran la intervención de Juan Pablo II para la solución de sus demandas:

los maestros disidentes de la sección IX del SNTE le pidieron interceder para la liberación de los maestros presos; la organización, Las Abejas, de Chenalhó le pidió intervenir ante el gobierno mexicano para que se cumpla con los acuerdos de San Andrés que firmó con el EZLN el 16 de febrero de 1996 (*La Jornada*, 23 de enero de 1999: 5); el Comando Patriótico de Concientización del Pueblo (CPCP), integrado por miembros del Ejército, denunció la represión de los funcionarios militares mexicanos de alto nivel contra militares y ciudadanos civiles y le pidieron exigir al gobierno mexicano el respeto irrestricto de las garantías individuales expresadas en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos; un grupo de legisladores del PRD del D. F. difundió un documento en el que criticó al modelo neoliberal y pidió al Papa que recibiera al presidente de la Asociación de Deudores de la Banca, Gerardo Fernández Noroña (*El Herald*o, 22 de enero de 1999: 8); un centenar de indígenas presos, acusados de pertenecer al Ejército Popular Revolucionario (EPR) buscaron la intermediación de los obispos Samuel Ruiz y Arturo Lona, para

pedirle al Papa Juan Pablo II que emitiera una condena pública sobre los abusos de autoridad (homicidios, tortura, desaparición forzosa y encarcelamiento), contra comunidades indígenas de Oaxaca (*Novedades*, 22 de enero de 1999: 10A); miembros de la Unión Popular de Vendedores Ambulantes (UPVA) intentaron hacer llegar al Papa, mediante el arzobispo de Puebla, un informe sobre la situación legal de Rubén Sarabia Sánchez, "Simitrio", líder de la UPVA (*La Jornada*, 22 de enero de 1999: 20).

En el medio católico también se plantearon demandas al Pontífice: la organización "Católicas por el Derecho a Decidir" dirigió una carta a Juan Pablo II pidiéndole que durante su estancia en México expresara un reconocimiento público a la labor del obispo Samuel Ruiz y que permitiera que las mujeres participasen en la toma de decisiones de la Iglesia (*Reforma*, 22 de enero de 1999: 17).

Es decir, se pedía al Papa, indirectamente, salir de la esfera eminentemente pastoral de su visita para involucrarse en los problemas económicos y políticos de México, especialmente para abogar por los derechos humanos de los mexicanos.

Durante los días que duró la gira papal dichas peticiones pasaron a segundo plano, sin que hubiese alusión a "casos particulares" en los mensajes del Pontífice, lo que hizo que dichos movimientos quedaran prácticamente en el olvido.

En los comentarios relativos al ambiente político que prevaleció durante la gira papal el balance fue positivo, incluso se reconoció a la población mexicana la tranquilidad y "civilidad" que demostró durante los actos masivos.

Durante la gira a México se efectuaron cinco actos protocolarios: 1) la recepción de Juan Pablo II, 2) la entrega de las llaves de la ciudad de México por el Jefe de Gobierno del D.F., 3) la visita en Los Pinos, al Dr. Ernesto Zedillo y su familia, 4) el encuentro con el cuerpo diplomático acreditado en México y 5) la ceremonia de despedida. Además de siete eventos religiosos: 1) la firma de la Exhortación Postsinodal, 2) la misa entrega de la Exhortación Apostólica Postsinodal en la Basílica de Guadalupe que fue el acto central de su gira 3) la magna misa en el Autódromo Hermanos Rodríguez de la Magdalena Mixuca, 4) la visita a los enfermos del hospital "Adolfo López Mateos" del ISSSTE, 5) la celebración de la eucaristía en el Jardín de la Nunciatura Apostólica, 6) el encuentro con los cardenales y presidentes de las conferencias episcopales de América y, 7) el encuentro con los representantes de todas las generaciones en el Estadio Azteca.

Los actos en el Estadio Azteca y en la Basílica fueron los más importantes en el contexto del Sínodo, ya que estuvieron presentes jerarcas católicos y feligreses provenientes de distintos países de América. También fueron relevantes por la

espectacularidad que dieron al acto religioso con la aplicación de innovaciones tecnológicas los juegos de luces, las plataformas móviles, la proyección de la imagen de la Virgen de Guadalupe en el firmamento, la erección de una enorme cruz, etcétera.

De las homilias y declaraciones emitidas por el Pontífice en los distintos actos encabezados en México, llamó poderosamente la atención que haya censurado el "capitalismo salvaje", con la misma severidad con la que 20 años antes, durante su primera visita a México, condenó al comunismo. Asimismo, se reconoció su sensibilidad hacia los problemas del continente. Demandó la condonación de la deuda de los países pobres, y soluciones de fondo para disminuir los flujos migratorios, la corrupción, el narcotráfico y la violencia, así como a la dramática situación de los indígenas.

Los ministros religiosos no católicos, por su parte, llegaron a manifestar su preocupación ante el posible despertar de expresiones de intolerancia durante y después de la visita papal, sobretodo ante las continuas referencias de Juan Pablo II a la necesidad de contrarrestar el avance de las "sectas".

Del mismo modo, el mensaje pronunciado por el cardenal Norberto Rivera Carrera tuvo gran notoriedad en los medios de comunicación durante la inauguración del acto en el Autódromo Hermanos Rodríguez en el que también condenó al neoliberalismo, a la vez que se quejó, ante el Papa, de que la población mexicana vive presa de "engaños". Dicho mensaje generó una polémica en la que predominaron las expresiones de adhesión a las declaraciones del arzobispo primado de México, incluidas las de los líderes del PAN y PRD.

Uno de los aspectos de la visita que generó mayores cuestionamientos fue la estrategia empleada por la jerarquía católica para publicitar la visita papal, acudiendo a empresas comerciales, como Sabritas, lo que representó, a Juan Pablo II y a la jerarquía católica, un gran costo en imagen ante la evidente "comercialización de la visita papal". Del mismo modo se cuestionó el elitismo y prepotencia de la jerarquía católica, por determinar quiénes ocuparían los lugares preferenciales en los eventos papales, al mismo tiempo que se hizo notar cómo, en forma velada, el nuncio apostólico y el arzobispo primado de México mostraron su inclinación política al integrar en la lista de invitados especiales a los actos papales, a más panistas que a miembros de otros partidos políticos.

Por otra parte, las críticas a los retrasos en las obras públicas a cargo del gobierno del D. F. para preparar la visita del Pontífice no tuvieron efectos importantes sobre la imagen del Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. En cambio, el Jefe de Gobierno del Distrito Federal recibió opiniones encontradas por haber censurado las "políticas económicas antisociales" predominantes en México, durante el

acto protocolario de entrega de las llaves de la ciudad al Pontífice. Algunos resaltaron su valor para oponerse a la estrategia económica impulsada por el presidente de la República; pero sus detractores censuraron el uso político del acto y señalaron que con su actitud del pasado, claramente "jacobina" (anticlerical) eran inconsistentes sus cortesías con el Papa, a quien nombró "visitante distinguido".

■ A los personajes que empiezan a figurar en el medio político como precandidatos a la silla presidencial: Fox Quesada y Muñoz Ledo se les criticó su excesivo protagonismo en los actos papales con miras al 2000.

Al Presidente Zedillo le fue reconocida la mesura y objetividad en sus mensajes ante el Pontífice, sobretodo cuando señaló que los mexicanos sufren carencias en lo material, pero tienen una "inmensa riqueza espiritual". Se consideró que fue acertado su énfasis en los logros que se han dado en el país, como los avances en la democracia, el diálogo y la participación ciudadana, si bien se juzga que durante su administración aún hay mucho que recorrer en materia de derechos humanos.

En forma paralela, las reflexiones sobre el contexto de la visita papal tendieron a reconocer el marco legal existente, menos restrictivo en materia de cultos, en comparación con el que enmarcó las anteriores visitas de Juan Pablo II a México. El propio Pontífice se refirió a ello.

En el balance sobre las repercusiones inmediatas de la visita, predomina el escepticismo sobre la capacidad de la Iglesia católica mexicana para afrontar los retos planteados para la Iglesia continental, por el Papa y por los obispos sinodales en la Exhortación Apostólica que les fue entregada en la Basílica de Guadalupe, tales como fomentar el ecumenismo, combatir el avance de las sectas, fortalecer la fe para contrarrestar la tendencia al materialismo y al secularismo.

Al mismo tiempo se juzgó que un aspecto singular de esta iglesia es su unidad, pese a la pluralidad ideológica de sus miembros. Cabe hacer especial mención al respaldo brindado por los obispos americanos al documento *Ecclesia in América* ya que aceptan que recoge las preocupaciones de las iglesias locales.

Por otra parte, a diferencia de las visitas anteriores de Juan Pablo II a México, en las que se le cuestionó su intención de presionar a las autoridades mexicanas para reanudar relaciones con el Vaticano y para brindar reconocimiento jurídico a la Iglesia, esta vez fueron escasos los comentarios sobre las "verdaderas intenciones" de la gira papal, si bien hubo aisladas expresiones de rechazo a la incurción de la Iglesia en asuntos que no son de su competencia. De hecho se generó consenso sobre la idea de que, independientemente del carácter pastoral de la visita, enmarcado en la denominada "Nueva Evangelización", las preocupaciones de la Iglesia americana, plasmadas en la Exhortación Postsinodal, tienen una naturaleza eminentemente política que no puede evitar.

El Sínodo de América planteó como retos para la Iglesia americana problemas que salen de la esfera eminentemente pastoral y que corresponde atender, de hecho, a las autoridades y legisladores de las diferentes naciones del continente, tales como: migración, relaciones norte-sur, desigualdades socioeconómicas, la deuda externa y pobreza de los países latinoamericanos, la creación de un nuevo orden internacional, además de las propuestas para consolidar la democracia en América Latina, y para afrontar la "degradación moral de la sociedad" que se refleja en prácticas como la corrupción y el consumo cada día mayor de estupefacientes.

Ante la dimensión de los retos que se plantea para sí la Iglesia, se abre hoy en día la discusión sobre el papel que debe desempeñar para contribuir con la erradicación de estos problemas y lograr la humanización del mundo, como parte de sus tareas para el nuevo milenio lo que, necesariamente, la llevará a tener nuevas formas de enfrentamiento con los poderes públicos y con los sectores dominantes de la sociedad en las naciones americanas.